

ACÁMBARO Y EL EJÉRCITO INSURGENTE DE HIDALGO

LUIS MOTA MACIEL



EDICIÓN CONMEMORATIVA
"AÑO DE DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA,
PADRE DE LA PATRIA"
AÑO 2003

ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE GUANAJUATO

**ACAMBARO Y EL EJERCITO
INSURGENTE DE HIDALGO**

Luis Mota Maciel

**EDICIÓN CONMEMORATIVA
"AÑO DE DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA,
PADRE DE LA PATRIA"
AÑO 2003.**

ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE GUANAJUATO



GOBERNADOR DEL ESTADO DE GUANAJUATO
Lic. Juan Carlos Romero Hicks

SECRETARIO DE GOBIERNO
Lic. Juan Manuel Oliva Ramírez

SUBSECRETARIO DE GOBIERNO
Ing. Gerardo Luis Rodríguez Orozco

DIRECTORA GENERAL DE GOBIERNO Y SERVICIOS JURÍDICOS
Lic. Rosa Maria Cano Melgoza

DIRECTOR DEL ARCHIVO GENERAL
Mtro. Isauro Rionda Arreguín

Coordinación

Isauro Rionda Arreguín.

Susana Rodríguez Betancourt

Apoyo en revisión de textos:

Cristina Valtierra Rivera.

Georgina Sosa Alvarez.

Captura del texto:

Claudia Vargas Baltierra

Primera edición 1974

Segunda edición 2002

Gobierno del Estado de Guanajuato.

Luis Mota Maciel

ACAMBARO Y EL EJERCITO

INSURGENTE DE HIDALGO

El 22 de octubre de 1810, los insurgentes que iniciaron la Independencia de México, reunidos en la ciudad de Acámbaro, Gto., acordaron darle una nueva organización a su movimiento libertador, organización que hasta entonces no había tenido y que consistió en la formación de un gobierno cívico-militar que comenzó a regir en el territorio dominado por los insurgentes de la nación incipiente, apenas a la que, por aquel entonces, la llamaron Nación Americana queriendo que fuera ya, libre y soberana, completamente independiente de la dominación de España.

Se dio el nombramiento de Generalísimo de la Nación Americana al señor don Miguel Hidalgo y Costilla, que por ello quedó conferido como la máxima autoridad, tanto política como militar del país.

Fueron otorgados los nombramientos para todos los empleos creados. Se dieron distintas disposiciones, a modo de reglamentos; se fijaron debidamente los haberes de la tropa que adoptó la categoría de un verdadero ejército, y se adoptó el primer uniforme militar propio de la Nación, que es el primero que ha usado el Glorioso Ejército Mexicano. Fue en esta memorable ocasión la primera vez en que Hidalgo y los muchos particulares que lo acompañaban en su represalia libertadora, usaron uniforme militar.

En la nueva organización que se le dio al movimiento de Independencia en Acámbaro, no figuró ya el nombre del Rey de España, don Fernando VII, como posible gobernante de nuestro país, y don Miguel Hidalgo y Costilla, con su carácter de Generalísimo, se elevó a la categoría del Primer Gobernante de la Nación Mexicana en la época de la Insurgencia. Su alta jerarquía de Generalísimo es comparable al de un mandatario máximo de cualquier país, que goza plenamente de sus libertades, llámese rey, monarca, emperador, presidente, etc.

Esta organización de los insurgentes fue una gran parada militar de más de ochenta mil hombres, y se llevó a cabo con las ceremonias civiles, militares y religiosas acostumbradas en aquella época y desde luego, fueron motivo de gran regocijo y entusiasmo por parte del pueblo, que gozó de diferentes diversiones y festejos. Todo ello sería recordado mucho tiempo después por aquellos que continuaron la lucha por la emancipación de México.

Una heroica mujer acambarenses llamada María Catalina Gómez de Larrondo, fue autora de una notable participación en todos estos sucesos y sus actos heroicos dieron lugar a que la ruta de los insurgentes fuera desviada de su camino preconcebido y que pasara por Acámbaro, tocándole a esta ciudad, por esta motivo, ser el escenario glorioso e histórico donde tuvieron lugar los trascendentales acontecimientos, cuando formaron los insurgentes su primer gobierno cívico-militar de alcance nacional, y en donde estrenaron los primeros uniformes de la Nación Mexicana, convirtiéndose aquel puñado de héroes, en los primeros militares de alta graduación en el país.

Con el objeto de poder describir los hechos que dan apoyo a estas aseveraciones, voy a narrar de una manera cronológica muy sucinta, la ruta de los insurgentes, haciendo resaltar en ella los sucesos más sobresalientes relacionados con mis apreciaciones:

La comba del cielo implacablemente azul, luce la magia de sus estrellas lejanas y cintilantes. Las puertas de todos los hogares están cerradas, y sobre el empedrado de las calles del pueblo de Dolores, se escucha el trotar de unos caballos como alados monstruos que presagian llanto, así el domingo 16 de septiembre de 1810, a las dos de la mañana, llegaron a la casa del Cura don Miguel Hidalgo, en el pueblo de Dolores, Gto., el alcaide de Querétaro, Ignacio Pérez y el capitán Juan Aldama, que llevaban el angustioso recado de la corregidora de Querétaro doña Josefa Ortiz de Domínguez, avisando que la conspiración había sido delatada por un traidor y que urgían medidas adecuadas para poner a salvo las esperanzas de libertad de la Patria. Aldama, el capitán Ignacio Allende, y otras personas que se encontraban en la casa de Hidalgo, dudan por un momento, pero éste siente la urgente necesidad de comenzar el movimiento de Independencia. Se da libertad a los presos y prontamente se capturan diecinueve españoles residentes en el lugar. A las cinco de la mañana el pueblo es llamado a misa y el Cura, afuera del templo parroquial, explicó a la gente ahí reunida, la causa de tal movimiento: "No tiene mas objeto que quitar el mando del país a los europeos". Y termina la explicación con las voces de *¡viva la Independencia!* *¡viva la América!* *¡muera el mal gobierno!* que exaltaron a los oyentes quienes gritaron *¡muera los gachupines!*

El mismo día, a las once de la mañana, con un contingente de seiscientos hombres, los insurgentes se pusieron en marcha; almorzaron en la hacienda de la Erre. Y a su paso por Atotonilco, tomaron del Santuario, una imagen de la Virgen de Guadalupe, que, colocada en un asta, sirvió de estandarte a la tropa. La idea del cielo, la gloria y las consecuencias de una remota esperanza de libertad y reivindicación, llenaba las conciencias de los mexicanos.

Al atardecer llegaron a San Miguel el Grande, fueron aprehendidos los españoles avecindados ahí, se incautaron sus caudales y también los de la renta real. Se nombraron autoridades y se les incorporó el Regimiento de la Reina. El capitán Mariano Abasolo, saliendo de su escondite, se une al movimiento.

El 21 de septiembre, Celaya es ocupada sin ninguna resistencia. El éxito había sido arrollador. Se incorporaron dos compañías del Regimiento Provincial, con su banda de música. Hidalgo fue alojado en el Mesón de Guadalupe.

Al día siguiente, 22 de septiembre, se efectuó una revista de las fuerzas insurgentes a orillas de la población de Celaya y se aclamó popularmente a Hidalgo como *Capitán y Protector de la Nación*; a Allende, como *Teniente General*; a Aldama, como *Mariscal* y se expidieron otros nombramientos.

Estando aún en Celaya, Hidalgo comisionó al criollo Juan B. Carrasco, nativo de Acámbaro, para que con una partida de cien hombres pasara a esta población a dar el "*Grito de Independencia*", aprehendiera a los gachupines y se hiciera de recursos, lo que se efectuó con beneplácito de las autoridades civiles y religiosas del lugar. El Cura Verástegui

ayudó de una manera efectiva y fray Juan Salazar, Vicario de Acámbaro, de inmediato, abrazó la causa de la Independencia, yendo por su cuenta a proclamar la libertad a Jerécuaro y otros lugares.

Acámbaro quedó abiertamente a favor de la insurrección. Se aprehendieron fácilmente a los españoles del lugar y el acambarenses Juan B. Carrasco, regresó con el grueso de los insurgentes que ya se encontraban en Silao, rumbo a Guanajuato, llevando consigo elementos de todo género que pudo reunir en un brillante recorrido.

El día 28 de septiembre, desde la hacienda de Burras, Hidalgo intimó rendición al Intendente de Guanajuato, el español Riaño, quien lejos de rendirse, resolvió hacerse fuerte en la Alhóndiga de Granaditas.

Ante la negativa de Riaño, las huestes insurgentes avanzaron sobre Guanajuato, comenzando el ataque a la una de la tarde del día 28 de septiembre. La gente del pueblo coronó las alturas de los cerros que rodean la Alhóndiga y lanzó tal cantidad de piedras sobre el edificio, que colmaron la azotea, nulificando las defensas que en ella había. Riaño salió del edificio para dar ánimo y perdió la vida.

Juan José de los Reyes Martínez apodado "*el Pipila*", se hizo inmortal al prenderle fuego a la puerta del castillo, protegiendo su cuerpo de las balas del enemigo con una loza que se colocó en la espalda. Solamente unas horas duró este combate de los insurgentes, habiendo sido su primera batalla y su primer triunfo.

Guanajuato fue ocupado por los insurgentes los días del 28 de septiembre al 10 de octubre y durante este período en vista del éxito obtenido hasta entonces, los caudales adquiridos y el numeroso contingente reunido, se pensó en tomar la ciudad de México, capital de la Nueva España, y comenzaron los preparativos. Se nombran los miembros del Ayuntamiento; se dan instrucciones a la tropa, se funden cañones, se acuña moneda y se observan y estudian los movimientos del enemigo, etc.

La ruta proyectada para apoderarse de la capital de la Nueva España (México), fue tomar Querétaro y después San Juan del Río, Polotitlán, Tepejí, etc. Se comisionó a Aldama para que, previamente en San Miguel, recogiera los contingentes de hombres y pertrechos reunidos ahí por la Junta de Guerra en funciones y siguiera después por Chamácuaro (Comonfort), hasta Celaya, esperando ahí las fuerzas que poco después saldrían de Guanajuato con rumbo a México, atacando como se proyectara, primero Querétaro, defendido por don Manuel de Flon, Conde de la Cadena.

El día 25 de agosto de 1810, había llegado a Veracruz don Francisco Javier Venegas, nuevo Virrey del país. A la capital llegó el día 13 de septiembre y ya instalado en el Palacio Virreinal, fue recibiendo las noticias del pronunciamiento de Dolores; del rápido avance de Hidalgo y sus compañeros; del aumento constante de sus tropas y del triunfo fácil de sus acciones. Por lo que inmediatamente y por todos los medios a su alcance, trató de sofocar la rebelión. Al efecto, ordenó al brigadier don Félix María Calleja que pusiera en pie de guerra la brigada de San Luis Potosí, y lo mismo debería hacer don Roque Abarca, comandante de las fuerzas de Guadalajara. Mientras tanto se formaban otros ejércitos: uno,

destinado a la defensa de la capital y el otro, para Querétaro, comandado por don Manuel Flon, conde de la Cadena.

Así mismo, dispuso el virrey Venegas que el Intendente de Michoacán, a la sazón en México, don Manuel Merino, el comandante de esta provincia, el coronel don Diego García Conde y el coronel de las fuerzas provinciales don Diego Rul, conde de la casa Rul, marcharan violentamente a ponerse al frente de sus respectivos regimientos en Michoacán.

Por ser de sumo interés para nuestro relato lo ocurrido a estas autoridades militares michoacanas en su viaje de México a Valladolid (hoy Morelia), voy a tener que dar algunos pormenores de lo que les pasó.

La comitiva partió de México en tres coches debidamente escoltados, en los que viajaban además de García, Merino y Rul, el hijo de éste, el padre Ondarza, el cocinero y el ayudante de Rul. La salida fue el día 3 de octubre y felizmente llegaron a Maravatío el día 6; pensaron abandonar los coches y seguir a caballo por el camino de la sierra para evitar pasar por Acámbaro; pues tenían desconfianza de que estuviera a favor de los insurgentes; pero les informaron que Acámbaro se veía tranquilo y que el tránsito de coches en uno y otro sentido era normal; por lo que decidieron seguir por Acámbaro sin detenerse en él, pasando por las orillas para hacer menos notoria su presencia.

Glorioso día para Acámbaro es el domingo 7 de octubre de 1810. Por aquel entonces vivía en este histórico lugar una hermosa dama llamada María Catalina Gómez de Larrondo, casada con el acaudalado señor don Juan Bautista Larrondo, quienes tenían su residencia frente a la Parroquia de San Francisco. Esta honorable familia guardaba estrecha amistad con el Padre Hidalgo, y con los principales jefes del movimiento de Independencia, simpatizando con él por avanzadas ideas libertarias. Tuvieron conocimiento que iba a pasar por esta población una comitiva de españoles que iban con destino a Valladolid, (hoy Morelia). La noticia se supo por un correo que la llevaba a Michoacán y que había sido interceptado.

Doña María Catalina se encontraba sola, ya que su esposo estaba ausente, pero ella rápidamente calculó la importancia que pudiera tener, para la causa que defendía el Padre Hidalgo, la captura de estos españoles; y piensa que la oportunidad es única, ya que no podría ser mejor y sintió el gran impulso de hacerlo ella misma, por lo que sin ningún titubeo ni temor se lanzó abiertamente a la epopeya que la colocaría en las cumbres infinitas de la inmortalidad. Tuvo plena conciencia de que había llegado para ella, el momento estelar de su vida; sus decisiones fueron rápidas; sus movimientos precisos; sus órdenes enérgicas y todo en ella funcionó con magistral perfección como si hubiera estado poseída de divinidad. Las narraciones tradicionales cuentan, que gallardamente en brioso corcel y haciéndose acompañar de su cajero y del torero Luna, se dirigieron a la hacienda de San Antonio, de su propiedad, a unos kilómetros de su población. Reclutaron algunos peones que armados de ondas, palos, cuchillos e instrumentos de labranza, formaron un valeroso contingente guerrero que, sin pérdida de tiempo, se lanzó a su misión.

Hay que hacer notar que don Juan B. Carrasco se había llevado hacía poco tiempo los mejores elementos guerreros y armas de fuego que había disponibles en Acámbaro.

A mediodía la comitiva de españoles llegó a la población de Acámbaro; sigilosamente pasó sin ser notada; entró por la garita de Tarandacuao y recorriendo las calles de las orillas del pueblo salió por la antigua garita de Zinapécuaro. Apenas habían recorrido tres kilómetros, cuando vieron un grupo de jinetes y de gentes de a pie, que, con aspecto agresivo, trataban de interceptarles el camino. El lugar fue una cañada que hay en el antiguo camino de Zinapécuaro situada entre los poblados del Moral y Jaripeo. La escolta que custodiaba los carros de los españoles huyó atemorizada y los pasajeros apenas tuvieron tiempo de bajar de los carros para defenderse. García Conde, que no tuvo tiempo de ponerse su sombrero, sacó la pistola y apuntó al torero Luna preguntándole qué quería y a quién buscaba; pero una seña que probablemente dio la señora Larrondo, las piedras comenzaron a ser lanzadas por los atacantes y por un pequeño descuido de García Conde, al querer esquivar una piedra, Luna le ganó la acción y le acestó un garrotazo en la cabeza que lo privó del conocimiento. Los otros españoles se defendieron inútilmente. Unos minutos solo transcurrieron y el combate se decidió a favor de los aprehensores, quienes embravecidos, quisieron acabar de una vez con los gachupines. Intervino enérgicamente doña Catalina para evitarlo y se impuso; bien acostumbrada estaba a mandar; los caídos fueron tratados con humanidad, subidos en sus coches fueron regresados a Acámbaro, a donde los recibieron a las cinco de la tarde entre la inmensa gritería del pueblo que estaba ya enterado de la aprehensión.

Los aprehendidos fueron alojados en un mesón con estrecha vigilancia. De la casa de la señora Larrondo mandaron ropas y colchones para los prisioneros, y un cirujano para que atendiera sus heridas. La heroica mujer, sin pérdida de ánimo, continuó elaborando su obra maestra; redactó un oficio de su puño y letra que en la misma tarde del domingo mandó con su cajero al Padre Hidalgo. En tal oficio dice haber mandado aprehender a los españoles. García Conde, Conde de Rul, y Merino, convencida de ser una cosa útil para la causa que él defendía.

Por la noche, la gente del pueblo pide las cabezas de los gachupines. María Catalina evita el crimen enviándolos con Aldama, que se encontraba en San Miguel el Grande. El torero Luna es el encargado de esta misión y los dejó con Aldama que venía rumbo a Celaya.

El lunes 8 de octubre, Hidalgo se preparaba en Guanajuato para atacar Querétaro, defendido por el ejército que comandaba el coronel Flon, conde de la Cadena, cuando recibió el recado de la señora Larrondo. El cajero cumplió fielmente su misión y todo, absolutamente todo, había salido perfecto; podría estar María Catalina como lo dice en su escrito, "gloriosamente satisfecha" de haber contribuido a darnos una patria libre de yugos, de miserias y humillaciones.

Las puertas de Michoacán estaban abiertas de par en par para los insurgentes y que daba roto el círculo bélico, que el virrey Venegas les tenía puesto.

Al darse cuenta Hidalgo que podría ir fácilmente a Valladolid, pues de hecho estaba conquistado por la acción de la señora Larrondo, cambió sus planes, y en vez de atacar Querétaro, como lo proyectaba, decidió marchar sobre Valladolid, seguro de poder

hacerse de mayores recursos de todo género en aquella ciudad que le era de sobra conocida y mucho más propicia para la realización de sus proyectos, entre otros, su audaz ataque a México, que estaba fraguando.

El recado escrito que el cajero de la señora Larrondo llevó a Guanajuato y las informaciones verbales que este pudo dar, determinaron categóricamente que la ruta de los insurgentes fuera cambiada y que en vez de seguir por Querétaro rumbo a México, se desviara a Acámbaro, fuera a Valladolid y regresara nuevamente Acámbaro, para de este lugar seguir por Tarandacua, Maravatío, Toluca, el Monte de las Cruces, etc. De tal manera que el mismo día 8 de octubre, en que se recibió el oficio de la señora. Larrondo, salió de Guanajuato una vanguardia de tres mil hombres comandada por Mariano Jiménez, que se dirigió a Celaya en donde se unió con las fuerzas de Aldama, y juntos caminaron por Salvatierra, Acámbaro, Zinapécuaro e Indaparapeo, habiendo esperado en este lugar al Cura Hidalgo. Mientras tanto, intimaron la rendición de Valladolid. Aldama llevaba consigo los prisioneros españoles García Conde, Rul, Merino y sus acompañantes.

Hidalgo y Allende salieron de Guanajuato con el resto de las huestes insurgentes el día 10 de octubre, pasando por Irapuato, Salamanca, Valle de Santiago, Jaral del Progreso, Salvatierra y Acámbaro, a donde llegaron al atardecer del día 13 de octubre; Hidalgo se hospedó en la casa de la familia Larrondo, felicitó a la señora por haber ganado en una acción tan certera como valerosa, la Intendencia de Michoacán para los defensores de la libertad. Ella agradeció los elogios; pero queriendo extremar su amor por la causa, hizo que su esposo Juan Bautista Larrondo, su hermano José Antonio Gómez, sus empleados y los peones de su hacienda, se sumaran a las fuerzas de los insurgentes, contribuyendo, además, con todos sus caudales que tenía en efectivo, sin importarle comprometer su bienestar, sus intereses y hasta la vida de sus seres queridos.

Después de pasar las noches del 13 y 14 en Acámbaro, Hidalgo y Allende salieron el día 15 de octubre para Indaparapeo, uniéndose en este lugar todas las huestes de los insurgentes.

Cuando a Valladolid (hoy Morelia), llegó la noticia del levantamiento del Cura Hidalgo y de sus compañeros, en el pueblo de Dolores, despertó una multitud de comentarios en todos sentidos, ya que Hidalgo era en esta ciudad de sobra conocido, por haber sido sucesivamente: alumno, maestro, regente y después rector del Colegio de San Nicolás Obispo, (ahora Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo). Inmediatamente empezaron a hacer juntas las autoridades municipales, y como no tenían conocimiento de la ruta que seguirían los independientes, los preparativos, mas que para defender la ciudad, fueron con el objeto de formar un ejército que ayudara a sofocar la rebelión. Se bajó el esquilón mayor de la catedral para fundir unos cañones; se reclutó gente de los alrededores para formar milicias, a las que se les impartió instrucción militar. Se hicieron otras muchas actividades y solamente esperaban que las autoridades españolas de Michoacán, que casualmente estaban en la ciudad de México, llegaran a tomar el mando de las fuerzas michoacanas. Pero cuando se supo que estas autoridades españolas, García Conde, Rul, y Merino habían caído prisioneros en Acámbaro, en Valladolid se sembró una desmoralización que culminó en una desbandada general de los españoles ahí radicados, tan pronto como se dieron cuenta que los insurgentes se dirigían a esta ciudad, pues la mayoría

de los oficiales criollos del lugar simpatizaban con los libertadores. Decidieron entregar la ciudad pacíficamente, para evitar las consecuencias desastrosas que la entrada a sangre y fuego de los insurgentes pudiera ocasionar. Una comisión formada por el canónigo Betancourt, en nombre del clero; el regidor don Isidro Huarte, en nombre de la ciudad y el capitán don José María Arancibia, en el del ejército, salió a recibir a Hidalgo hasta Indaparapeo para poner la capital de la Provincia en sus manos, confiándole la salvaguardia de los intereses públicos y particulares.

El 15 de octubre asomaban por las lomas del Zapote las avanzadas insurgentes al mando del capitán Rosales, cuando algunos de los españoles residentes en Morelia la abandonaban por el rumbo de la garita de Chicácuaro. El 16, la vanguardia entraba en la ciudad, y el 17, eran recibidos Hidalgo, Allende, Abasolo, Aldama y el grueso de las tropas, en medio de vítores y repiques, llevando como laureles de triunfo al Intendente Merino, al comandante don Diego García Conde, al coronel Rul, con su hijo y su ayudante y al padre Ondarsa.

Como Hidalgo lo esperaba, la toma pacífica de Valladolid le produjo un muy considerable aumento de fuerzas y recursos. Había llegado con cincuenta mil hombres y ahora contaba con más de ochenta mil. Uniéronse ahí el Regimiento de Infantería que de nuevo se había levantado y todo el Regimiento de Dragones de Michoacán. Los fondos obtenidos, tanto de las arcas del clero, como de procedencia particular, ascendieron a setecientos mil pesos.

Estando en Morelia los insurgentes, Hidalgo ordenó que no se mencionara el nombre del Rey de España, don Fernando VII y que los que traían una imagen de este monarca en el sombrero, se la quitaran, pues ya el Cura Hidalgo desde su estancia en Guanajuato, deseaba que el país fuera absolutamente libre sin la presencia de ningún extranjero que pudiera intervenir en el gobierno del mismo. Allende no compartía con Hidalgo en esta idea y fue una de las muchas causas de distanciamiento entre los dos iniciadores del movimiento libertador.

El día 19 de octubre, Hidalgo mandó proclamar el trascendental decreto aboliendo la esclavitud, el pago de tributos y otras gabelas impuestos a las castas. Decreto que a Hidalgo lo coloca entre los hombres más brillantes y más ilustres del mundo, pues con ello se considera que fue el primero que en el Continente Americano hizo tan grandiosa obra, adelantándose cuarenta y ocho años a Lincoln, del vecino país del Norte.

El día 20 de octubre a las 10 de la mañana, comenzaron a salir de la ciudad de Valladolid las tropas, habiendo marchado primero el Cura con los Dragones y algunos soldados más: el Regimiento de Valladolid salió enseguida, y como a las tres de la tarde, Allende salió también con más fuerzas. Pasaba Hidalgo por Charo, distante de Valladolid apenas cuatro leguas, cuando lo alcanzó el Cura de Carácuaro, don José María Morelos y Pavón, habiendo caminado juntos hasta Indaparapeo, (los biógrafos de Morelos aseguran que ambos caudillos comieron juntos el día 20 de octubre en este lugar). Morelos fue comisionado por Hidalgo para insurreccionar el Sur y apoderarse del puerto de Acapulco. Esta vez fue la última que estuvieron juntos los dos colosos de la Independencia, y las ideas políticas de Hidalgo seguramente las aprendió bien Morelos, ya que concuerdan bastante en

sus puntos de vista, referentes al gobierno que debiera tener la Nación Americana. En alguna ocasión Morelos expresaba claramente que esas ideas, eran las que había ordenado el Padre Hidalgo.

Hidalgo, después de pernoctar en Indaparapeo, siguió a Zinapécuaro, donde hizo alto al mediodía; reanudada la marcha, las fuerzas empezaron a entrar de nuevo en Acámbaro, al atardecer del día 21 de octubre.

Es preciso recordar que en los días que siguieron al clamoroso triunfo de Granaditas y estando los insurgentes ocupando Guanajuato, tuvieron el propósito de dar una organización más formal a las huestes guerreras, que habían logrado reunir hasta aquel momento. Por lo que ahora en Acámbaro, y después de la fácil toma de Valladolid, (hoy Morelia) y visto su avance hacia la capital del Virreinato, decidieron llevar a cabo su antiguo proyecto.

El día más glorioso para Acámbaro, es el 22 de octubre de 1810; por la mañana, estando reunidos en la alargada plaza principal de Acámbaro, los jefes del movimiento insurgente acordaron en consejo militar, dar a sus huestes la forma de un verdadero ejército y formar un gobierno cívico-militar que rigiera en todo el territorio ocupado por las fuerzas independientes. Y a continuación se dieron los nombramientos para las distintas jerarquías creadas, habiendo quedando formado de la siguiente manera:

Generalísimo de la Nación Americana,
(Máxima autoridad civil y militar)
Señor Cura don Miguel Hidalgo y Costilla.

Capitán General de la Nación Americana
(Segunda autoridad civil y militar).
Señor don Ignacio de Allende.

Tenientes Generales
Juan Aldama, Mariano Jiménez, P. Mariano Balleza, José Díaz y Joaquín Arias.

Mariscales de Campo
Mariano Abasolo, Joaquín de Ocón, José María Aranciba, José Antonio Martínez, Ignacio Martínez, D. Ignacio Camargo y Antonio Aldama.

Brigadieres
Don Juan Bautista Carrasco (criollo acambareño) y don Onofre Portugal.

Coroneles
Más de ochenta recibieron este grado, entre ellos se saben los nombres de: don Luis G. Míreles, don Francisco Mascarenas y don José María Liceaga.

Tenientes Coroneles

Don Luis Malo.

Tesorero del Ejército

Don Mariano Hidalgo y Costilla.

Fueron algunos los nombramientos del ramo civil, siendo el más importante el del señor licenciado José María Chico, como ministro de Policía y buen Gobierno, (con quien deberían entenderse las representaciones ajenas a lo militar). Corresponde el de Secretario de Gobernación.

A partir de este momento todo quedó arreglado, y solamente el Generalísimo Hidalgo y el Capitán General Allende podrían dar nombramientos civiles y nombramientos militares de alta graduación.

Los jefes militares que operaban en lugares distantes, podrían extender grados militares menores al suyo y podían nombrar autoridades civiles de los lugares por ellos ocupados.

Quedó estipulado que los coroneles mandarían un batallón cada uno y que podrían designar libremente a sus oficiales.

Se le daba el grado de Coronel a todo aquel individuo que presentaba mil hombres.

Los sueldos eran: cuatro reales para el soldado de a pie, un peso diario para el soldado de a caballo, tres pesos diarios para los oficiales desde capitanes de caballería hasta coroneles.

Ningún sueldo cobrarían los militares de mayor graduación, pues estos mas bien aportaban su peculio personal el dinero para el sostenimiento de las tropas.

Ya con sus grados militares, los jefes insurgentes vistieron los uniformes y divisas de acuerdo a su rango.

El uniforme del Generalísimo Hidalgo era una casaca de color azul, con collarín, vueltas y solapas de color rojo, con bordados de labor muy menuda hecha con hilos de oro y plata y un tahalí de terciopelo negro, también bordado; en el pecho llevaba una medalla grande de oro con la imagen de la Virgen de Guadalupe.

El uniforme de Capitán General que correspondió a Allende, era una chaqueta de paño azul con collarín y con vueltas y solapas encarnadas, galones de plata en todas las costuras y un cordón en cada hombro, que, dando vuelta por abajo del brazo, se ajustaba con un botón y una borla que colgaba hasta medio muslo.

Los Tenientes Generales tenían uniforme como el de Allende, pero con un solo cordón en el hombro derecho.

Los Mariscales de Campo su uniforme era también como el de Allende, pero con un solo cordón en el hombro izquierdo.

Los Brigadieres tenían uniforme igual, pero sin ningún cordón en los hombros y llevaban un bordado angosto y los tres galones que correspondían a los coroneles. Estos llevaban en su uniforme únicamente los tres galones correspondientes.

La proclamación se hizo estando los principales jefes colocados en el ángulo Noreste de la plaza, desde donde fueron llevados bajo palio a lo largo de una nutrida valla, hasta el altar mayor de la parroquia de San Francisco, celebrándose misa de gracias y Te Deum, por el feliz acontecimiento.

Después del acto religioso, el Generalísimo y sus gran recién graduados, montaron a caballo y pasaron una revista a las tropas, que ya habían constituido la formación de batallones, compuesto de mil hombres cada uno, y pasaban de ochenta de caballería y de infantería. Y eran mandados cada uno por un coronel. Los batallones estaban en algunas calles y en las orillas de la población, principalmente en los campos contiguos a la ribera izquierda del río Lerma. Acto contiguo, se situaron sobre el puente de piedra que hay en este lugar y desde ahí se les dio a conocer a las tropas los grados de sus jefes.

Estas importantes ceremonias, dada su categoría, se llevaron a efecto en medio de un regocijo general; las calles del pueblo profusamente adornadas, con alegres repiques y sonoras salvas de artillería. Las diferentes bandas de música entonaron sus mejores melodías y hubo banquetes, bailes, corridas de toros y otras diversiones, para aquella muchedumbre alegre y entusiasta.

Así, Acámbaro llegó a su destino cívico e histórico en aquella hermosa mañana estival, inolvidable. Acámbaro fue escenario y expresión de un acontecimiento histórico que se ha pretendido conmemorar en todos los ámbitos del solar guanajuatense, pero principalmente en el de Acámbaro, altar de este homenaje, que le concede excelititudes de *señorío*, más que de provincia o ciudad capital.

El homenaje a la Patria, no es solo la gratitud por el recuerdo, sino la conducta en el camino y llevar este honor hacia el mañana.

Al día siguiente, martes 23 de octubre, el Ejército Insurgente salió de Acámbaro rumbo a la ciudad de México por el camino de Toluca; pasó por Tarandacua y llegó ese día a Maravatío, en donde se le unió el señor licenciado Ignacio López Rayón, a quien el Generalísimo Hidalgo lo nombró como Secretario de Estado y del Despacho. La primera providencia que hizo este ilustre licenciado, fue mandar una comunicación de Hidalgo a las autoridades y jefes revolucionarios que operaban en distintos lugares del virreinato ocupados por los insurgentes, y que consiste en lo siguiente:

"Que todo europeo que voluntariamente no se presente al jefe más inmediato se aprehenda su persona; que los bienes de los referidos europeos sean confiscados y puestos en recuento; que todo americano que haya establecido comercios, compañías, relaciones y

cuentas pertenecientes a europeo lo manifieste en el término de ocho días so pena de incurrir en el delito de traidor; que la revolución tendrá como finalidad la manutención de nuestra santa religión y sus dogmas, la conservación de nuestra libertad y el alivio de los pueblos... A los pueblos se les declara libres de la pensión del tributo; desaparece el gravamen que infiere el estanco de pólvora, naipes y papel sellado; que el impuesto de alcabala se rebaje del 6% al 3%; se declara la libertad de comercio y la importación libre de las bebidas que se hallaban prohibidas”

"Se declara iguales a todos los americanos sin la distinción de castas que adoptó el fanatismo... Queda la condición de esclavo y libre todo individuo de la Nación; se recomienda que se arme a todos los americanos para que concurran a la defensa de la revolución, en masa".

**IMPRESO EN TALLERES GRAFICOS
DEL GOBIERNO DEL ESTADO**



Guanajuato